

Hermenéutica crítica: un nuevo paradigma

A propósito de: Recas Bayón, Javier, *Hacia una hermenéutica crítica*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009, 353 páginas.

La hermenéutica es un saber a mitad de camino entre la ciencia y el arte, que cuenta con miles de años de historia. A partir del aporte de diversos pensadores, las corrientes hermenéuticas se han ido profundizando y modificando a lo largo del tiempo. Este libro de Javier Recas Bayón pretende dar cuenta de los últimos desarrollos de este saber, siendo “testigo de sus avatares y propuestas de profundización crítica del que fuera uno de los más grandes hitos de su historia: la mencionada concepción ontológica de la comprensión” (22). Por ello, el punto de partida es la publicación, en 1960, de *Verdad y método*, libro escrito por Hans George Gadamer, al cual el autor considera como el hito fundamental en el desarrollo del paradigma hermenéutico contemporáneo, ya que a partir de esta obra, éste “no ha dejado de enriquecerse con innumerables propuesta [...] e importantes debates” (22).

Como Recas Bayón indica en su introducción, si la hermenéutica clásica tenía como objetivo la “comprensión de sus grandes monumentos culturales, cuyo papel, más allá de un interés erudito, residía en dar sentido al mundo y orientar nuestra acción” (21), estas nuevas corrientes de la hermenéutica crítica “defienden el poder de la reflexión crítica frente a la fuerza necesariamente vinculante de la tradición, cuyas cristalizaciones, para Gadamer, constituyen el magma inexorable e irrebalsable en el que fundimos nuestra comprensión de las cosas” (23).

Lo interesante de este libro es la gran capacidad explicativa con la que realiza un recorrido por las diversas corrientes de este saber que no resulta sencillo de estudiar.

Para ello, en la Primera parte, se detiene en la historia del paradigma hermenéutico clásico, señalando los avatares de esta disciplina desde la Antigüedad clásica hasta la primera mitad del siglo XX, pasando por los aportes del Medioevo, el Renacimiento, el Romanticismo (capítulo 1 y 2). Finaliza con la presentación de los principales aportes de la obra de Gadamer: *Verdad y método* (capítulo 3), hecho fundamental para la disciplina y que da lugar a la llamada “hermenéutica ontológica”. No podemos aquí extendernos en el detallado desarrollo que Recas Bayón realiza de la obra de Gadamer y sus aportes. Sólo enumeraremos algunos de sus puntos más importantes, entre ellos, el intento de restaurar la dimensión originaria de la verdad latente en el impulso reflexivo de la tradición clásica filosófica-humanista (88); el intento de rescatar el significado ontológico de la comprensión como pre-estructura originaria de nuestro estar en el mundo, anterior a todo conocimiento objetivo pero también implicado en él (clave heideggeriana) (89); el reconocimiento en toda comprensión de un momento de continuidad en la tradición, cuyos efectos históricos, ineludiblemente se extienden hasta nosotros sin rupturas (89) y finalmente, la noción de “tradición” como la condición de posibilidad misma de nuestra comprensión y el soporte de nuestro ser histórico (89). El autor indica que si bien la pretensión de universalidad de la hermenéutica no es nueva, la novedad reside aquí en “el descubrimiento de la estructura ontológica de la comprensión” (95). Como vemos, frente a la hermenéutica del siglo XIX que disuelve la cuestión de la verdad en pura psicología y en consonancia con los postulados

heideggerianos, Gadamer reclama un nuevo concepto de la comprensión y afirma que todo comprender es un “comprenderse”, es decir, un entendimiento con el otro, un diálogo entre dos horizontes: el del intérprete y el del *interpretandum* (105). Otra de las características centrales de esta hermenéutica es la centralidad del lenguaje como núcleo ontológico, pues como afirma el mismo Gadamer “el lenguaje forma parte de lo más oscuro que existe para la reflexión humana, seguramente porque nos constituye aun antes de ser conscientes de ello” (121). Además, el lenguaje es el “medio en que se produce la experiencia hermenéutica, es decir, que determina no sólo el objeto sino también la forma en que entendemos” (122), es el “medio universal en el que se realiza la comprensión misma” (123). Para Gadamer, el lenguaje está para nuestra comprensión, incluso antes que el ente, lo precede (124). Así la hermenéutica gadameriana se extiende para alcanzar las condiciones universales del comprender presentes en la existencia del ser humano, que es comprenderse a sí mismo y al mundo que lo rodea en una permanente operación de interpretación.

La segunda parte de este recorrido se denomina “Nuevos rumbos de la hermenéutica. Contribuciones para una hermenéutica crítica” y toma como punto de partida el profundo cambio que la obra de Heidegger genera en esta disciplina. La obra del filósofo alemán permite, para Recas Bayón, la superación del sentido instrumental de la hermenéutica “para alcanzar el carácter estrictamente filosófico”, como “*escucha del lenguaje*” (132). Luego de indicar las circunstancias que han generado cierto protagonismo de la hermenéutica en el panorama filosófico actual, establece los rasgos comunes de todas las corrientes del paradigma contemporáneo: 1. “el reconocimiento del carácter intersubjetivo de la razón”, que sustituye el modelo clásico que pensaba la relación sujeto-objeto, por otro cuya estructura responde a sujeto-sujeto; 2. “la conciencia del enraizamiento de todo proceso comprensivo en el mundo de la vida y con ello en la estructura esencialmente valorativa e interesada de la razón”, dando prioridad a la dimensión práctica; 3. “la concepción intrínsecamente lingüística de toda comprensión; 4. “la expresa relevancia de la comprensión como instancia originaria en la aprehensión de la realidad; 5. “la crítica al objetivismo cientificista”, que ha generado una concepción reduccionista de la verdad; 6. “el reconocimiento del carácter interpretativo de toda aprehensión de sentido y en concordancia con ello su naturaleza abierta e inconclusa” (135-136).

A continuación, el autor atiende a las diferentes direcciones que la hermenéutica contemporánea ha seguido: 1. la hermenéutica ontológica (representada por Gadamer y sus seguidores: Bultmann, Pareyson, entre otros); 2. la hermenéutica metodológica (representada por Betti, Szondi, la Escuela de Constanza o el deconstruccionismo literario de los *Yale Critics*); 3. la hermenéutica crítica (representada por Apel, Habermas, Derrida, Ricoeur, Rorty, o Vattimo).

Si bien Recas Bayón realiza un breve recorrido por cada una de estas corrientes, centra su análisis en la última, pues según él, muestra las fisuras que presentan las otras dos direcciones, sin presentar un nuevo modelo, sino a partir de una propuesta abierta que postula “el potencial crítico inscrito en todo otorgamiento de sentido” (153). Divide, para ello, a los representantes de la hermenéutica crítica en dos grupos: los fundamentacionistas (Habermas y Apel) y los antifundamentacionistas (Vattimo, Rorty, Derrida y Ricoeur). Dada la complejidad de cada una de las propuestas, haremos sólo una breve mención y dejaremos la explicación detallada para el lector interesado en ellas que quiera abordar la lectura de la obra.

Respecto de la primera corriente, presenta algunos rasgos generales. En primer lugar, es una hermenéutica materialista “en la medida en que hace suya la tarea de comprensión del sentido anclándola en la praxis social de sus agentes” (194). En segundo lugar, posee una naturaleza reconstructiva de las competencias comunicativas. Una reconstrucción racional es un tipo de teoría que tiene como objetivo la explicitación de las reglas generativas de nuestros esquemas cognitivos. Una reconstrucción racional puede explicar el uso de la competencia comunicativa, para lo cual es necesaria la referencia a la praxis social como instancia directamente implicada en la génesis y transformación de esas competencias. Las reconstrucciones racionales son “reconstrucciones de competencias de la especie humana”; por eso, son hipotéticas y universales (219). En tercer lugar, es una hermenéutica de huellas y síntomas, hija de los “maestros de la sospecha”: Marx, Nietzsche y Freud (197), que tiene como pretensión “la clarificación tanto de las desfiguraciones del sentido como del sentido mismo de las desfiguraciones”, penetrando en las motivaciones inconscientes de esas desfiguraciones (197). En cuarto lugar, esta hermenéutica posee una naturaleza normativa y por ello, en sintonía con la crítica kantiana, defiende el problema de la justificación de la validez del conocimiento, y por lo tanto, de las cuestiones de esa validez y también de su constitución, tanto respecto del conocimiento como de sí misma, porque “no es posible un concepto de crítica sin un fundamento normativo que la justifique como tal y le proporcione un criterio para distinguir lo correcto de lo incorrecto” (198). Finalmente, en función de estos presupuestos, esta corriente propone la teoría de la verdad como consenso, que implica reconocer que en todo acto comunicativo anticipamos implícitamente pretensiones de validez. La verdad es la pretensión de validez que vinculamos con los actos de habla constatativos; no es un problema de consistencia lógica o de evidencia sensorial, sino que depende de la pragmática de los procesos de argumentación, es decir, vale la fuerza del mejor argumento (257-258). Recas Bayón indicará con detalle y lúcidamente las diferencias entre la propuesta de Habermas y la de Apel en cada una de las cuestiones mencionadas, así como los puntos oscuros o las ventajas de cada una de ellas.

Para la segunda corriente, la antifundamentacionista, la “desfundamentación” se convierte en una tendencia generalizada. El autor advierte puntos comunes a las distintas perspectivas de esta corriente: el significado del enunciado viene dado por su uso incardinado a una forma de vida.; el lenguaje carece de unidad sustancial; el “fundamento” para la verdad de un enunciado es su uso, nuestro actuar; y la filosofía debe interpretar una y otra vez, con la pretensión de la verdad, sin poseer la clave cierta de interpretación nunca (291-292). Partiendo de esta base común, diremos unas breves palabras de cada filósofo.

Para Vattimo, “la hermenéutica ha de constituirse como una ontología del declinar” (295). Debe permitirnos repensar la filosofía a partir de una nueva concepción del ser, que evite apoyarse en caracteres “fuertes”, y busque, por tanto, un pensamiento “débil”, desfundante, que presente la devastación de lo humano, la alienación, etc., como formas de supervivencia, de condición marginal, de contaminación en que se ha convertido nuestro ser-en-el-mundo, dejando de lado el sentido negativo (295). La finitud del ser constituye un elemento nihilista de esta corriente. La verdad se convierte en una experiencia de “dislocación”, de un “convertirse en otra cosa” del sujeto (298).

Rorty propone una racionalidad crítica, abierta, innovadora y rehabilita conceptos como “relativismo” e “irracionalismo” (303). Postula una “filosofía edificante” que pretende “construir nuevos discursos capaces de abrir nuevas perspectivas, ricos en

posibilidades futuras y capaces de generar modelos más útiles” (305). La filosofía es entonces una actividad hermenéutica únicamente (no epistemológica), “edificante”, en el sentido de que es “una constante conversación con lo otro, no para reducirlo, sino para redescubrirnos a nosotros mismos” (305). El conocimiento se convierte así en una conversación práctica social y la filosofía deja de ser una búsqueda de certezas, para ser la interpretación hermenéutica de los nexos de sentido generados por el mundo de la vida (306).

El caso de Derrida es más radical, pues afirma la debilidad y la autosuficiencia de todo texto, la negación de un sentido originario y el desmontaje de las jerarquías incrustadas en la metafísica de la presencia. Su objetivo es la deconstrucción de la tradición filosófica occidental, así como la destrucción de la metafísica y de la ontología “en favor de la voluntad de poder que disuelve el propio concepto de historia universal y hace innecesario todo propósito de restauración del sentido del ser” (317). La deconstrucción debe ser hecha desde adentro e implica un “desmontaje de la tradición filosófica occidental con vistas a su reescritura desde otras categorías distintas a la metafísica de la presencia y del fundamento” (320). El mismo dice que se trata de “minar, acentuar fisuras, las grietas que ya desde siempre la resquebrajan” (320). Derrida postula un rechazo violento de los valores metafísicos, de todo lo que la filosofía ha querido decir hasta ahora y que ha producido la marginación de la escritura, y pretende instaurar una noción de escritura que posee realidad propia y es la condición de posibilidad del propio lenguaje-experiencia. “El texto es el saber. El texto, la escritura, goza, por ello, de total objetividad, liberada de contextos e intenciones subjetivas” (323).

Finalmente, Paul Ricoeur propone perseguir el sentido desfigurado y soterrado bajo las formas manifiestas; para indagar la violencia que se esconde tras los símbolos, entendidos como símbolos y máscaras (326). De este modo, el yo se convierte en el foco de la interpretación de los signos en los que se objetiva, y a través de los cuales otorga sentido a sus actos fundamentales; su identidad, por tanto, se constituye en y por su condición de intérprete. Por ello, la hermenéutica debe dedicarse, desde esta perspectiva, a descubrir un modo de existir que fuese ser-interpretado (327). En definitiva, la nueva ontología del sujeto posee, para Ricoeur, dos dimensiones complementarias que constituyen dos hermenéuticas: 1. de la sospecha, que pone en cuestión el sentido aparente de las formaciones culturales o institucionales, el sedimento mismo de la tradición, de modo que el sujeto constituye una identidad personal liberada de la conciencia (335); 2. de la escucha: atento a la palabra que encierra el símbolo, a la escucha de su mensaje (“kerygma”), el sujeto busca la asimilación del sentido en un acervo teleológicamente enriquecedor. El yo es arqueológico o teleológico, una construcción, recreación constante (336).

Más allá de las posibles coincidencias o desacuerdos con las distintas teorías presentadas en este libro, el trabajo de Javier Recas Bayón es excelente. Nos otorga una visión del panorama general de la hermenéutica contemporánea, sin descuidar las particularidades de cada corriente, las relaciones entre sí, los puntos fuertes y sus contradicciones.

Como lectores del siglo XXI, además del aporte específico en torno a este saber antiquísimo, nos aporta una mirada crítica respecto de nosotros mismos y del mundo que nos rodea; una mirada que nos impide tomar simplemente como verdaderos muchos de los postulados que hemos recibido por la tradición y nos insta a revisarlos, ya sea para descartarlos o mantenerlos con una fuerza interior aún mayor. No nos referimos,

por supuesto, en este caso, a lo que nos viene por Revelación divina, pero sí al resto de las realidades de nuestra vida. La complejidad del mundo actual, los debates del pensamiento contemporáneo, los procesos sociales, políticos y económicos, están atravesados por estos cuestionamientos hermenéuticos y nos exigen una perspectiva aguda y cuestionadora, que más allá de la superficie y la apariencia, logre revelar los fundamentos más profundos y las condiciones en las cuales se produce el conocimiento (en su más amplia acepción). A estas operaciones intelectuales, nos invita la lectura del libro reseñado y de los autores por él tratados.